

mino que hizo hasta Lyon no le abandonaron un punto las explosiones continuas del entusiasmo popular. Entró en la ciudad de noche, acompañado de su esposa, de sus hijos adoptivos y de sus edecanes, y fué recibido por los ministros, las autoridades civiles y militares, una diputación italiana, el estado mayor de Egipto y la juventud lionesa á caballo. La ciudad totalmente iluminada resplandecía como si la alumbrara el sol en toda su fuerza. Hízosele pasar por un arco de triunfo que remataba con el noble emblema de la Francia consular, que era un león dormido, y se apeó en la casa-ciudad, que estaba suntuosamente dispuesta para darle alojamiento.

Empleó el siguiente día el primer cónsul en recibir á todas las diputaciones departamentales, y después de éstas á la *Consulta* italiana, que se componía de cuatrocientos cincuenta y dos miembros, de los cuales se hallaban presentes cuatrocientos cincuenta, ejemplo de exactitud extraordinario, atendidos el número, la estación y las distancias. Era uno de los dos ausentes el respetable arzobispo de Milán, que acababa de morir en casa de Mr. de Talleyrand de un ataque de apoplejía.

Los italianos, á quienes el primer cónsul hablaba en su propia lengua, rebosaban de júbilo al volverle á ver y al encontrar en él á un mismo tiempo al francés y al italiano. Los días siguientes se emplearon en los últimos trabajos de la *Consulta*. Las modificaciones propuestas en la Constitución fueron admitidas por el primer cónsul; las listas de candidatos estaban ya formadas. Tratóse de formar una junta de treinta miembros, elegidos entre todos los de la *Consulta*, para discutir con el primer cónsul la larga serie de elecciones que había que hacer. Absorbió este trabajo varios días, durante los cuales el primer cónsul, después de pasar diariamente muchas horas en ver á los italianos y conversar con ellos, se ocupaba al mismo tiempo en los asuntos de la Francia; recibía á los prefectos y á las diputaciones de los departamentos; admitía las manifestaciones de sus necesidades y deseos, y aprendía á conocer por sus propios ojos el verdadero estado de la república. Iba el entusiasmo cada día en aumento, y de aquel contento general que se comunicaban entre sí franceses é italianos salió la idea de nombrar al primer cónsul presidente de la república Cisalpina. Marescalchi, Petiet, Murat y Talleyrand veían diariamente con ellos sobre la elección de un presidente. Cuando se vió que andaban ya preocupados é indecisos y discordes sobre esta elección, que en efecto era asaz dificultosa, hízoseles entrever el modo de salir de su embarazo, dando al personaje italiano que fuera preferido el mero carácter de vicepresidente, y supliendo su insuficiencia con la gloria del primer cónsul, á quien se nombraría presidente.

Esta idea tan sencilla, y más útil aún á la Cisalpina, á su existencia y á la buena administración de sus negocios que á la grandeza del primer cónsul, pareció excelente, siempre que la vicepresidencia se confiriere realmente á un italiano. Decidieron al ciudadano Melzi á encargarse de ella bajo las órdenes del primer cónsul. Hallándose todo dispuesto, uno de los miembros de la junta de los treinta hizo la proposición á esta asamblea. Fué recibida con júbilo y convertida al punto en pro-

yecto de decreto. No se perdió tiempo, y al siguiente día, 25 de enero (5 pluvioso), fué presentado el proyecto á la *Consulta* reunida. Acogióle con aclamaciones, y proclamó á NAPOLEÓN BONAPARTE presidente de la república italiana. Los nombres de NAPOLEÓN y de BONAPARTE aparecen reunidos por la primera vez en aquella circunstancia. Debía el general agregar al título de primer cónsul de la república francesa el de la nueva dignidad á que había sido promovido, y enviósele una diputación para que le manifestara este deseo.

Mientras tenía lugar esta deliberación, el general de los ejércitos de Italia y de Egipto pasaba revista á sus antiguos soldados. Las medias brigadas del ejército de Egipto que hubo tiempo de reunir fueron agregadas á la guardia consular, á numerosos destacamentos de tropas y á la milicia lionesa. Las nieblas del invierno se disiparon aquel día por un instante, y con un sol deslumbrador y un frío riguroso recorrió el general Bonaparte las filas de aquellas veteranas legiones, que le recibieron con increíbles explosiones de júbilo. Los soldados de Egipto y de Italia, alborozados al encontrar tan medrado á aquel hijo querido de sus gloriosos hechos, le saludaban con sus aclamaciones, y ponían empeño en persuadirle que no habían cesado jamás de mostrarse dignos de él aunque hubiesen estado sometidos por un momento á jefes indignos de ellos. Hacía Bonaparte salir de las filas á algunos de aquellos granaderos aguerridos, hablábales de los combates en que se habían hallado, de las heridas que habían recibido; reconocía á varios oficiales, á quienes había visto en más de un encuentro, tendiales la mano y los colmaba de una especie de embriaguez de que ni él mismo podía eximirse ante aquellos valientes que con su lealtad le habían ayudado á producir las maravillas que formaban ahora sus delicias y la delicia universal de toda la Francia. Verificábase esto entre las ruinas de la plaza de Bellecour, cuya lúgubre tristeza disipaba como disipa la gloria el rastro de la desgracia.

Al volver á la casa-ciudad después de esta revista salió al encuentro del primer cónsul la diputación de la *Consulta*; recibió él la manifestación de su deseo, declaró que accedía gustoso, y que al día siguiente respondería á aquella nueva muestra de confianza de la nación italiana.

Al otro día, 26 de enero (6 pluvioso), se trasladó al local destinado á las sesiones generales de la *Consulta*, que era una grande iglesia dispuesta y decorada para este uso. Fué aquella inauguración enteramente igual á una sesión regia de Francia ó de Inglaterra: el primer cónsul, rodeado de su familia, de los ministros franceses y de una multitud de generales y prefectos, ocupaba un estrado de regular elevación; pronunció en lengua italiana, que acentuaba con perfección rara, un discurso sencillo y significativo, en que anunció su aceptación, sus miras sobre el gobierno y la prosperidad de la nueva república, y proclamó las principales elecciones que había hecho con arreglo á los deseos de la *Consulta*. Fueron acompañadas sus palabras con los gritos repetidos de: «¡Viva Bonaparte! ¡Viva el primer cónsul de la república francesa! ¡Viva el presidente de la república italiana!» Leyóse en seguida la Constitución y la lista de ciudadanos de todas las categorías llamados á ponerla en ejecución. Una prolongada aclamación expresó la estrecha unión de voluntades que reinaba entre el pue-

blo italiano y el héroe que le había hecho independiente. Fué esta ocasión solemne é imponente; con ella empezaba de una manera digna la existencia de la nueva república que debía llamarse en adelante *República Italiana*. En esta ocasión, como en otras muchas, sólo una cosa había que desear al general Bonaparte, á saber: que el genio que conserva no se separase del genio creador en aquel hijo predilecto de la fortuna.

Hacia veinte días que estaba el primer cónsul en Lyon: el gobierno de la Francia reclamaba su presencia en París, y tenía además que dar sus últimas órdenes para la firma de la paz definitiva que se negociaba en el congreso de Amiéns. Entretanto el cónsul Cambaceres y el senado se ocupaban en desembarazarle de los opositores inconsiderados que con tanta violencia le impugnaron en aquel instante de su carrera en que menos lo merecía. Iba á encontrarse en disposición de volver á emprender aquella larga serie de tareas que aseguraba la felicidad y la grandeza de la Francia. Urgíale, pues, regresar á París, volver á sus ocupaciones acostumbradas y recibir probablemente en premio de sus trabajos una nueva grandeza, justa recompensa de la ambición más noble y más fecunda que ha existido jamás.

Partió el 28 de enero (8 pluvioso), dejando á los italianos entusiasmados y llenos de esperanzas y á los lioneses contentos con haber tenido en su ciudad algunos días al hombre extraordinario que llenaba el mundo con su nombre, y que les dispensaba una predilección tan marcada. Había recibido una respuesta del emperador Alejandro á una carta en que solicitaba de este monarca ciertas ventajas para el comercio de Lyon. Dicha respuesta, que anunciaba las más favorables disposiciones de parte de Rusia, vió la luz pública en su substancia y produjo la más viva satisfacción. Al partir dió el primer cónsul tres bandas á los tres alcaldes de la ciudad de Lyon en recuerdo de aquella gloriosa visita. Los de Burdeos le habían enviado una diputación suplicándole que atravesase por su recinto; prometiéndole hacerlo, así que la paz definitiva le proporcionase algún descanso. Pasó por Saint-Etienne y Nevers, y llegó á París el 31 de enero (11 pluvioso) (1).

(1) Reproducimos algunos extractos de la correspondencia del primer cónsul desde Lyon.

*A los cónsules Cambaceres y Lebrún.*

*Lyon, 24 nivoso del año X (14 de enero de 1802).*

Acabo de recibir, ciudadanos cónsules, su carta de ustedes del 21. Hace aquí un frío extremado, y paso parte del día, desde las doce hasta las seis, en recibir á los prefectos y personas notables de los departamentos vecinos. Ustedes saben que en esta clase de conferencias hay mucho que hablar.

Esta noche da la ciudad de Lyon un concierto y un baile. Asistiré á él dentro de una hora. Los trabajos de la Consulta van adelantando. Las tropas del ejército de Oriente van llegando á Lyon en número considerable; estoy tomando medidas para proporcionarles vestuario; y pienso pasarlas revista el 28.

Sigo sumamente satisfecho de todo cuanto voy viendo, así en el pueblo de Lyon como en todo el Mediodía de Francia.

Me parece que las negociaciones de Amiéns también van adelantando.

Felicito á ustedes por el modo con que marchan todas las cosas en sus manos.

José me ha escrito de Amiéns que lord Cornwallis le había dicho que el gabinete británico ha recibido de Santo Domingo noticias favorables al ejército francés y que empieza á cundir la escisión en el ejército de Toussaint.

*A los mismos.*

*Lyon, 26 nivoso del año X (16 de enero de 1802).*

He recibido, ciudadanos cónsules, sus despachos de ustedes del 22 y 23 nivoso. Los lioneses nos han dado una función sumamente escogida. Incluso hallarán ustedes su relación y los versos que en ella se han cantado.

Camino con lentitud en mis operaciones, porque paso gran parte del día en recibir á las diputaciones de los departamentos cercanos.

Hace hoy un día muy hermoso, pero sumamente frío.

El bienestar de la república ha mejorado notablemente en estos dos últimos años. La población de Lyon ha aumentado en más de veinte mil almas durante los años VIII y IX, y todos los fabricantes de Saint-Etienne, de Annonay, etc., con quienes he hablado me han dicho que en sus fábricas reina una grande actividad.

Veo á todos llenos de ánimo y de acción, no de la acción que desorganiza los imperios, sino de aquella que los crea y produce su prosperidad y su riqueza.

Dentro de pocos días pasaré revista á unas seis medias-brigadas del ejército de Oriente.

*Al cónsul Cambaceres.*

*Lyon, 28 nivoso del año X (18 de enero de 1802).*

Acabo de recibir, ciudadano cónsul, á la diputación de Burdeos, que ha puesto en mis manos una petición solicitando que pase á dicha ciudad, lo que la he prometido hacer cuando se encuentren en plena actividad sus relaciones con las Antillas y con la isla de Francia.

Su carta de usted del 25 me informa de las deliberaciones del senado. Ruego á usted no desista de su empeño hasta que nos veamos libres de los veinte malos miembros por un lado y de los sesenta por otro que tenemos entre las autoridades constituidas. La nación quiere que no se le impida al gobierno hacer el bien y que la cabeza de Medusa no vuelva á aparecer en nuestras tribunas ni en nuestras asambleas.

La conducta de Sieyes en esta ocasión prueba muy bien que después de haber contribuído á la destrucción de todas las constituciones desde el año 91, quiere todavía concurrir á la ruina de la presente. Mucho me sorprende que no haya perdido el seso. Lo que debiera hacer es poner un par de velas á Nuestra Señora por haberse librado con tanta felicidad y de un modo tan inesperado; pero cuanto más voy entrando en años, más me voy convenciendo de que cada cual tiene irremisiblemente que cumplir su destino.

Supongo que han tomado ustedes todas las medidas oportunas para demoler el Châtelet.

Si el ministro de Marina necesita de las fragatas del rey de Nápoles puede servirse de ellas; y aun convendría que las hiciese salir lo más pronto posible para la América. Todo se arreglará después con el rey de Nápoles.

Hoy ha disminuído mucho el frío.

El general Jourdan, que acaba de llegar del Piamonte, me da noticias bastante satisfactorias de aquella provincia.

Las operaciones de la Consulta van adelantando; todas sus leyes orgánicas están redactadas.

He pasado con los prefectos gran parte del día.

Recomiendo á usted vea al ministro de Marina para saber de positivo si han salido los víveres para Santo Domingo.

*A los cónsules Cambaceres y Lebrún.*

*Lyon 30 nivoso del año X (20 de enero de 1802).*

Desearía, ciudadanos cónsules, que el ministro del Tesoro público enviase á la 16.<sup>a</sup> división militar al ciudadano Roger para residenciar al pagador y á los principales recaudadores de los departamentos de que dicha división se compone.

Desearía igualmente que el ministro del Tesoro público enviase á Rennes un hombre como el ciudadano Roger para hacer la misma operación en la 13.<sup>a</sup> división militar.

Despachen ustedes también á los consejeros de Estado Thibautaud y Fourcroy, el uno á la 13.<sup>a</sup> división militar y á la 16.<sup>a</sup> el otro, para inspeccionarlas como lo hicieron ya en su comisión precedente. Gran parte de las quejas proviene de que el ministro de la Guerra no ha dado á los oficiales el tanto de forraje y alojamiento

correspondiente al primer trimestre del año X, de que los recaudadores retienen mucho tiempo los fondos, y los pagadores libran lo más tarde que pueden. Los pagadores y recaudadores constituyen la plaga más grande del Estado...

*A los mismos.*

*Lyón, 30 nivoso del año X (20 de enero de 1802).*

Acabo de recibir, ciudadanos cónsules, su carta de ustedes del 26 y 27. En Lyón lo mismo que en París ha templado considerablemente el tiempo...

Visité ayer diversos talleres; he quedado muy satisfecho de la industria, y de la severa economía que me ha parecido observar la fabricación de Lyón con respecto á sus obreros.

Debía haber tenido hoy parada, pero la he retrasado hasta el 5 pluvioso por no tener aún vestuario las tropas del ejército de Oriente; espero que estarán completamente equipadas para el 5 y que ofrecerán un golpe de vista muy satisfactorio.

He visto con mucho placer la medida que ustedes han adoptado en cuanto al Châtelet; pero creo que si el tiempo empeora y llega á hacerse riguroso, no será suficiente el arbitrio de cuatro mil francos mensuales para los talleres extraordinarios.

Sería necesario que mandasen ustedes que á los cien mil francos que da el ministro del Interior todos los meses á las juntas de beneficencia, se agregasen otros veinticinco mil de extraordinario para distribuir leña; y si volviesen los fríos sería preciso poner como en el año 89 hogueras en las iglesias y demás localidades espaciosas para que pudieran calentarse gran número de personas.

Confío estar de vuelta en París en toda la década corriente. Suplico á ustedes examinen si podría convenir que publicara el *Monitor* el último mensaje dirigido al senado, añadiendo al pie un par de líneas para decir que el senado ha nombrado una comisión que, leído su informe en la sesión del día tantos, ha decidido proceder á la renovación según el espíritu y letra del artículo 38 de la Constitución, etc., etc.

Muchas noticias que he recibido me inducen á creer que Caparra exige que firmen los clérigos ciertas fórmulas ó profesiones de fe concebidas poco más ó menos en estos términos:

«Nos complacemos por otra parte en consignar aquí una profesión solemne de un respeto filial, de una sumisión absoluta y de una obediencia puntual hacia...»

He recibido estas noticias de Maestricht entre otras varias. Examinen ustedes eso con Portalis. Semejante fórmula parece inconcebible.

*A los mismos.*

*Lyón, 2 pluvioso del año X (22 de enero de 1802).*

Hasta hoy á las tres de la tarde, ciudadanos cónsules, no he recibido su carta de ustedes del 29 nivoso. El correo se ha retrasado algunas horas por el deshielo y las inundaciones.

El servicio de forrajes está enteramente desorganizado en el departamento del Drome; convendría reservar diez mil francos del decreto de pluvioso, hasta tanto que dicho servicio estuviese al corriente.

Los hospitales civiles, á los cuales sólo se han concedido catorce sueldos al día por cada plaza militar, se quejan de no haber aún percibido nada del año X. El de Valencia reclama, además de todo el año X, un atraso del mes de fructidor del año IX.

El trabajo sobre la organización de las tropas piemontesas, que firmé hace más de un mes, no ha llegado aún á Turín, lo cual

produce entre dichas tropas cierta incertidumbre. En general hay retraso y poca actividad en el ramo de guerra, y así piensan todos los que tratan con este ministerio.

Es indispensable que el ministro de la Guerra envíe á Turín un ordenador experimentado y antiguo...

Están determinadas ya todas las principales disposiciones de la Consulta. Cuento siempre con estar de vuelta en París en toda esta década.

Sería de desear que el senado nombrase una docena de prefectos, bien sea en el tribunaio ó bien en el cuerpo legislativo. Uno de ellos debería ser el de Mont-Blanc.

Desearía que hicieran ustedes publicar en los periódicos varios artículos denunciando las estafas de Fouilloux, y poniendo en ridículo á los papamoscas extranjeros que iban propalando los rumores más absurdos, sin más fundamento que un boletín manuscrito de un pilluelo que no tiene qué comer y que se ha burlado de su credulidad. Conviene insistir repetidas veces sobre este asunto.

*A los mismos.*

*Lyón, 5 pluvioso del año X (25 de enero de 1802).*

Recibo, ciudadanos cónsules, su carta de ustedes del 2 pluvioso.

Hoy he tenido parada en la plaza Bellecour. El día ha sido excelente; hacía el mismo sol que en el mes floreal.

La Consulta ha nombrado una junta de treinta individuos que le ha presentado un informe, manifestando que en atención á las circunstancias interiores y exteriores de la Cisalpina era indispensable confiarse la primera magistratura, hasta tanto que sea posible y juzgue yo conveniente nombrar un sucesor. Trato de presentarme mañana á la Consulta reunida: se leerá la Constitución y los nombramientos, y quedará todo concluido. El decadi estaré en París.

*A los mismos.*

*Lyón, 6 pluvioso del año X (26 de enero de 1802).*

He recibido, ciudadanos cónsules, su carta de ustedes del 3 pluvioso. Creo que conviene esperar la firma de la paz de Amiéns antes de levantar el estado de sitio á la ciudad de Brest.

He asistido á las dos al salón de sesiones de la Consulta extraordinaria; he pronunciado en italiano un breve discurso, cuya traducción remito adjunta. Se ha leído la Constitución, la primera ley orgánica y una relativa al clero; se han proclamado los diversos nombramientos.

Mañana enviaré á ustedes el acta de toda la Consulta, en la cual va inclusa la Constitución. Me han acompañado los dos ministros, cuatro consejeros de Estado, veinte prefectos y varios generales y oficiales superiores.

Ha habido en esta sesión mucha majestad, grande unanimidad, y espero del congreso de Lyón todo el resultado que me prometía.

Creo que es inútil, á menos que se difundan rumores falsos sobre el congreso de Lyón, que publiquen ustedes nada antes de la llegada del correo que les despacharé mañana. Sólo en el caso de haberse divulgado que la Consulta me ha nombrado presidente, podrán ustedes hacer imprimir los dos documentos adjuntos que manifiestan el verdadero giro que han tomado las cosas.

Pasaré el día de mañana en Lyón para terminarlo todo, y me pondré en camino á la noche. El decadi estaré en París...

(N. del A.)

## LIBRO DÉCIMOCUARTO

### CONSULADO PERPETUO

Llegada del primer cónsul á París. — Escrutinio del senado que excluye á sesenta miembros del cuerpo legislativo y á veinte del tribunaio. — Substitúyense los excluidos con hombres adictos al gobierno. — Fin del congreso de Amiéns. — Al concluirse la negociación se suscitan algunas dificultades de resultados de ciertos recelos excitados en Inglaterra. — Vence el primer cónsul aquellas dificultades con su moderación y su firmeza. — Fírmase la paz definitiva el 25 de marzo de 1802. — Aunque el primer entusiasmo de la paz se entibia en Francia y en Inglaterra, se coge con nuevo júbilo la esperanza de una reconciliación sincera y verdadera. — Sesiones extraordinarias del año X para convertir en leyes el Concordato, el tratado de Amiéns y diversos proyectos de grande importancia. — Agrégase al Concordato la ley reglamentaria de los cultos con el título de *artículos orgánicos*. — Preséntase esta ley y el Concordato al cuerpo legislativo y al tribunaio, ya renovados. — Tibieza con que ambos proyectos son recibidos aun después de la exclusión de los opositores. — Adóptanse finalmente. — Fija el primer cónsul el día de Pascua para la publicación del Concordato y para la primera ceremonia del culto restablecido. — Organización del nuevo clero. — Parte que cupo á los constitucionales en el nombramiento de obispos. — El cardenal Caprara en nombre de la Santa Sede se niega á instituir á los constitucionales. — Tesón del primer cónsul y sumisión del cardenal Caprara. — Recepción oficial del cardenal como legado *à latere*. — Consagración de los cuatro principales obispos en Nuestra Señora el domingo de Ramos. — Curiosidad y emoción del público. — La misma víspera del día de Pascua y del *Tedum* solemne que ha de cantarse en Nuestra Señora quiere el cardenal Caprara imponer á los constitucionales una retractación humillante de su pasada conducta. — Nueva resistencia de parte del primer cónsul. — El cardenal Caprara no cede hasta la noche antes del día de Pascua. — Repugnancia de los generales á asistir al templo de Nuestra Señora. — Oblígalos el primer cónsul. — Solemne *Tedum* y restauración oficial del culto. — Adhesión del público y contento del primer cónsul viendo logrados sus esfuerzos. — Publicación del *Genio del Cristianismo*. — Proyecto de una amnistía general para los emigrados. — Esta medida, discutida en el Consejo de Estado, es objeto de un senado consulto. — Miras del primer cónsul sobre la organización de la sociedad en Francia. — Sus opiniones sobre las distinciones oficiales y sobre la educación de la juventud. — Dos proyectos de ley de grande importancia sobre la institución de la Legión de Honor y sobre la instrucción pública. — Discusión de ambos proyectos en el seno del Consejo de Estado. — Carácter de las discusiones en aquel cuerpo supremo. — Expresiones del primer cónsul. — Presentación de los dos proyectos al cuerpo legislativo y al tribunaio. — Adóptase por una gran mayoría el proyecto de ley relativo á la instrucción pública. — Una minoría considerable se declara contra el proyecto de Legión de Honor. — Preséntase el último el tratado de Amiéns como para coronar las obras del primer cónsul. — Acogida que obtiene este tratado. — Tórnase de él ocasión para divulgar por todas partes que es menester tributar una recompensa nacional al autor de todos los bienes de que disfruta la Francia. — Los partidarios y los hermanos del primer cónsul tratan de restablecer la monarquía. — Esta idea parece prematura. — Prevalece generalmente el pensamiento de conferir á Bonaparte el consulado perpetuo. — El cónsul Cambaceres se ofrece á intervenir para con el senado. — Disimulo del primer cónsul, el cual jamás manifiesta lo que desea. — Situación embarazosa del cónsul Cambaceres. — Esfuerzos de éste en el senado para lograr que se confiara al general Bonaparte el consulado perpetuo. — Aprovechase del silencio del general sus enemigos ocultos para persuadir al senado que basta con prolongar el consulado hasta diez años. — Votación del senado en este sentido. — Desagrado del primer cónsul. — Intenta hacer renuncia. — Apacígualo su colega Cambaceres, y propone el arbitrio de recurrir á la soberanía nacional y de proponer á Francia la cuestión de si será ó no el general Bonaparte cónsul perpetuo. — El Consejo de Estado se encarga de redactar la proposición. — Abrense registros para recibir los votos en las alcaldías, tribunales y escribanías. — Apresúranse todos los ciudadanos á consignar su respuesta afirmativa. — Variaciones hechas en la Constitución de Mr. Sieyes. — Recibe el primer cónsul el consulado perpetuo con la facultad de designar su sucesor. — El senado queda revestido con el poder constituyente. — Quedan abolidas las listas de notabilidad y substituídas por colegios electorales perpetuos. — El tribunaio queda reducido á una mera sección del Consejo de Estado. — La nueva Constitución adquiere una tendencia puramente monárquica. — Lista civil del primer cónsul. — Proclámale solememente el senado. — Satisfacción general por haber conseguido fundar un poder enérgico y duradero. — El primer cónsul toma el nombre de NAPOLEÓN BONAPARTE. — Su poder moral llega al apogeo. — Resumen de este período de tres años.

El viaje del primer cónsul á Lyón tuvo por objeto constituir la república italiana, y proporcionarse el gobierno de la misma en beneficio mutuo de la Francia y de la Italia. Propúsose con él también suscitar embarazos á la oposición, desacreditarla dejándola ociosa, probando que con ella era imposible hacer el bien, y por último dar tiempo al cónsul Cambaceres para excluir del cuerpo legislativo y del tribunaio á los hombres más revoltosos é importunos.

Todo lo que se había querido estaba ya realizado. La república italiana, constituída con poca pompa y brillo, se hallaba ligada á la política de Francia sin renunciar á una existencia propia. Los opositores del tribunaio y del

cuerpo legislativo, sorprendidos con el mensaje que retiraba el Código civil, abandonados en París al ocio sin tener un solo proyecto de ley que discutir, no sabían cómo salir de su embarazo. Acusábanles todos de la interrupción que sufrían las útiles tareas del gobierno; todos les echaban en cara su prurito mezquino de querer imitar de una manera intempestiva á los agitadores de la época pasada; y esta situación fué la que escogió Cambaceres para darles el último golpe, poniendo en juego la ingeniosa combinación que había discurrido. Llamó al sabio jurisconsulto Tronchet, introducido en el senado por su influjo, y que gozaba en esta corporación de la doble autoridad del saber y del carácter, le comunicó